

INSERCIÓN DE LA INMIGRACIÓN BOLIVIANA EN LA ACTIVIDAD HORTÍCOLA DEL DEPARTAMENTO LULES (TUCUMÁN, ARGENTINA) A MEDIADOS DE LA DÉCADA DE LOS NOVENTA

ANA ISABEL RIVAS* Y JUAN JOSÉ NATERA RIVAS**

Recibido: 15-12-07. Aceptado: 14-1-08. BIBLID [0210-5462 (2007-2); 41: 113-131].

PALABRAS CLAVE: Inmigración boliviana; horticultura; Lules; Tucumán; Argentina.

KEY WORDS: Bolivian immigration; horticulture; Lules; Tucuman; Argentine.

MOTS-CLES: Immigration boliviane; horticulture; Lules; Tucumán; Argentine.

RESUMEN

La inmigración de trabajadores agrícolas de origen boliviano hacia el departamento Lules ha pasado de ser una inmigración temporal inscrita en circuitos que les llevaban a trabajar en diferentes provincias de la República, a otra de carácter permanente, ligada a la horticultura; el paso de obrero golondrina a productor hortícola ha sido posible por las peculiares condiciones por las que atravesaba la horticultura luleña en la década de los ochenta, y ha traído consigo la conversión en arrendatarios, y aún en propietarios, de una fracción de los antiguos braceros bolivianos. Pero la presencia de horticultores bolivianos no se limita a Lules, sino que, desde la década de los noventa, están produciendo hortalizas en Vipos, al norte de Tucumán, reproduciendo las estrategias productivas previamente puestas en práctica en Lules. El análisis tanto de estas corrientes migratorias de bolivianos hacia Lules, como el estado del proceso de su inserción en la estructura productiva del departamento a mediados de los noventa, se resuelven como el objetivo de la presente investigación.

ABSTRACT

The immigration of agricultural workers of Bolivian origin towards Lules has passed of being a temporary immigration inscribed in circuits that were leading them to being employed at different provinces of Argentina, to a permanent one, tied to the horticulture. This change has been possible due to the conditions the horticulture in Lules was challenging during the eighties, and in this process, a handful of former agrarian workers has become lessers, and even owners. But the presence of Bolivian horticulturists does not limit itself to Lules: since the decade of the nineties they are producing vegetables in Vipos, in northern Tucuman, reproducing the productive strategies before put in practice in Lules. The analysis of these Bolivians' migratory currents towards Lules, and the stage of their insertion in the productive structure of the department in the middle of the 90's, are the aim of the present research.

* Departamento de Geografía. Universidad Nacional de Tucumán.

** Departamento de Geografía. Universidad de Málaga.

RÉSUMÉ

L'immigration de travailleurs agricoles d'origine bolivienne vers le département Lules a passé d'être une immigration temporelle engagée dans circuits qui les amenaient à travailler dans différentes provinces de la République Argentine, à autre permanente, liée à l'horticulture; le pas de salarié à producteur horticole a été possible par les conditions qui elle traversait l'horticulture luleña dans la décennie des quatre-vingts, et a supposé la conversion de certains d'eux chez affermataires et propriétaires. Mais la présence d'horticulteurs boliviens ne se limite pas à Lules: depuis la décennie des quatre-vingt-dix ils produisent légumes dans Vipos, au nord Tucumán, en reproduisant les stratégies productives au préalable mises à pratique dans Lules. L'analyse tant de ces courants migratoires de boliviens vers Lules, comme l'état du processus de son insertion dans la structure productive du département au milieu de la décennie des quatre-vingt-dix, sont le but de l'investigation présente.

1. INTRODUCCIÓN

A lo largo del siglo XX la inmigración desde países limítrofes hacia Argentina, particularmente desde Bolivia, Chile y Paraguay, ha mantenido estrecha relación con la demanda de mano de obra para las áreas agrícolas cercanas a la frontera; en lo que respecta a la migración boliviana hacia la región del Noroeste Argentino, las investigaciones disponibles indican que si bien esta corriente estaría presente desde al menos el comienzo del siglo XX, no será hasta la década de los cuarenta cuando los contingentes de bolivianos que ingresan a la República sean significativos (DE MARCO, 1994), incremento de llegadas estrechamente relacionado con la demanda de mano de obra para la recolección en las áreas productoras de caña de azúcar y tabaco. Este movimiento de fuerza de trabajo procedente de Bolivia está enmarcado dentro del proceso de deterioro que la economía doméstica campesina boliviana del altiplano y de los valles experimentó a partir de la aplicación de la Reforma Agraria de 1952, que derivó en una excesiva subdivisión de la tierra, acompañada de una irrupción del capitalismo (BLANES, 1982 y cfr. VILAR, 1989). Este último autor indica que las políticas económicas implementadas en ese país se orientaron a favorecer al sector de la agricultura capitalista, que, amparado por el Estado, quedó completamente ligado a los mercados externos, mientras que paralelamente se consolidó una economía campesina basada en la fuerza de trabajo familiar y otras formas comunitarias de cooperación, pero con escasos medios de producción y capacidad de comercialización.

La provincia de Tucumán no ha quedado al margen del proceso de inmigración boliviana; tal y como indica ORTIZ (2000), hasta la década del sesenta el volumen de ingreso de bolivianos al territorio provincial fue modesto en comparación con la afluencia recibida por Salta y Jujuy, contingentes que formaban parte de una migración circular en la que, en líneas generales, la provincia tucumana actuaba como zona de paso de un circuito laboral estacional que se iniciaba en el norte —Salta y Jujuy—, con la recolección de caña de azúcar y tabaco, continuaba en Tucumán con las hortalizas, y finalizaba en Mendoza o Río Negro con cosecha en la vid, hortalizas o frutales, en

donde «la demanda estacional de mano de obra no cubierta por los nativos encontró aceptación entre los bolivianos» (DE MARCO *et al.*, 1994). Y ya durante la década los ochenta estos inmigrantes aparecen también incorporados en otros importantes cinturones hortícolas del país, caso de La Plata, Florencio Varela, Córdoba..., donde, ante la oportunidad de un empleo permanente, los desplazamientos pasan a convertirse en radicaciones definitivas (DE MARCO *et al.*, 1994, y cfr. BENENCIA y KARASIK, 1994; BENENCIA, 1994; BENENCIA, 1997).

En este contexto, Lules constituyó un eslabón más de esta migración circular que comienzan a realizar los braceros bolivianos, inmigrantes que, progresivamente, van a ir incorporándose al sistema productivo hortícola local. En este marco debe insertarse la presente investigación, cuyo objetivo es indagar acerca de las particularidades que presenta la inserción del colectivo boliviano en la estructura agraria de Lules, un colectivo dedicado en su mayor parte, como acabamos de indicar, a la horticultura. El momento clave de este proceso de llegada, y sobre todo, de inserción en el sistema productivo hortícola luleño de trabajadores bolivianos, lo ha constituido la década de los noventa del siglo pasado; es así que los aspectos básicos que caracterizan la actual producción hortícola en manos bolivianas (diferentes de los que a continuación describimos tan sólo en su volumen) han venido determinados por los procesos acaecidos entonces, de ahí el interés que creemos que tiene su estudio.

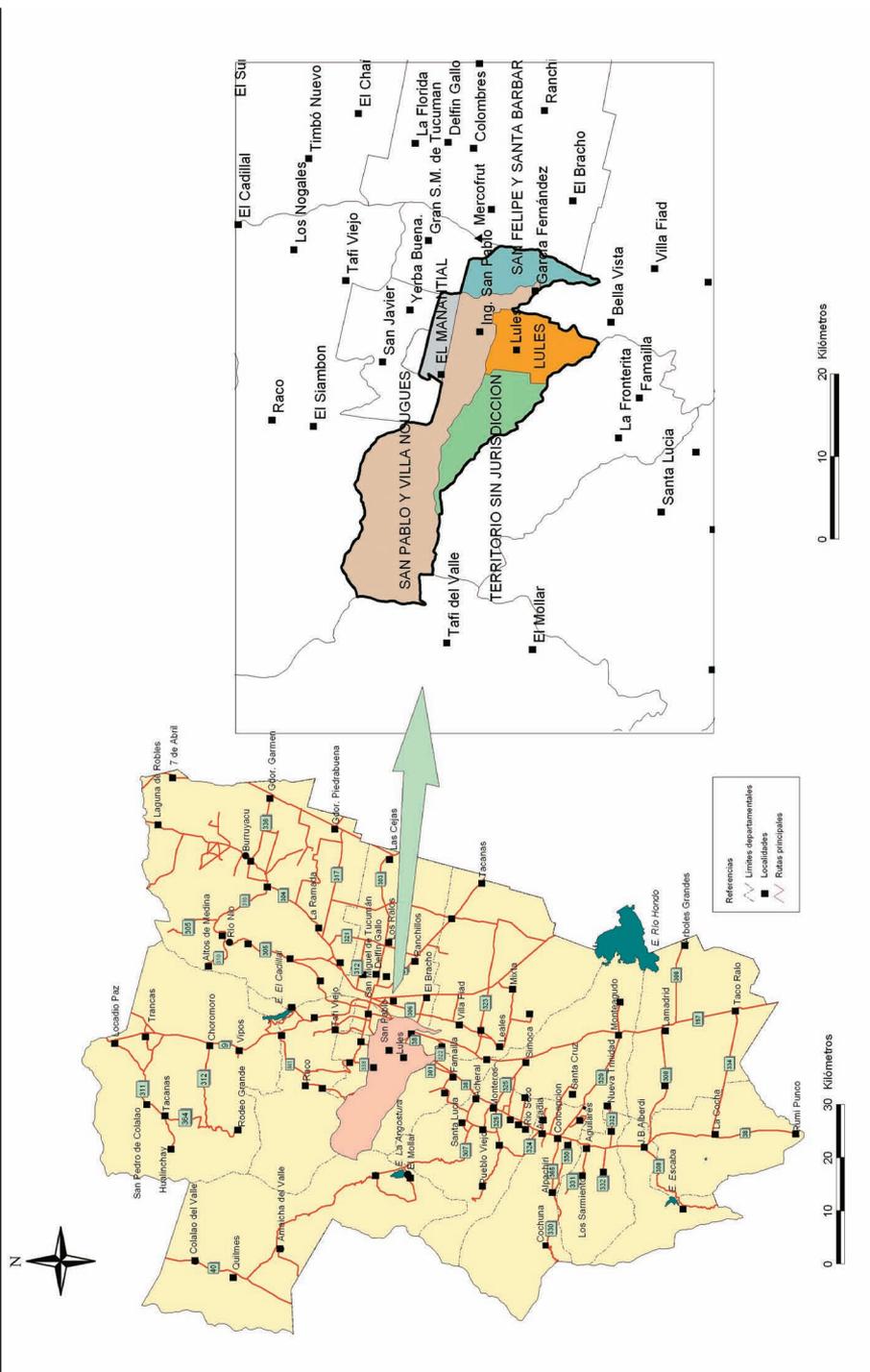
La identificación de la corriente migratoria con destino a Lules, las vías de integración en la actividad hortícola luleña, las características de las explotaciones regentadas por bolivianos, y la conformación de una corriente migratoria intraprovincial, entre Lules y Vipos con fines productivos, son los aspectos a los que prestaremos atención.

2. MARCO ESPACIAL Y FUENTES DE INFORMACIÓN

El marco espacial en el que se circunscribe esta investigación corresponde al área periurbana de la ciudad San Isidro de Lules, principal centro urbano del departamento Lules. La ciudad y su área circundante se sitúan en dirección sudoeste con respecto a la ciudad de San Miguel de Tucumán —capital provincial—, contando con accesibilidad directa tanto hacia ella, como a los principales centros urbanos y áreas rurales de la provincia a través de un conjunto de rutas Provinciales (301 y 321) y Nacionales (38) (Figura 1).

En esta zona el uso del suelo está dominado por diversos cultivos, principalmente hortalizas, cítricos y caña de azúcar, aunque para esta investigación se han establecido sus límites en función del predominio espacial de los cultivos hortícolas. De esta manera, el área queda delimitada hacia el oeste por los faldeos occidentales del Alto de Yerba Huasi y de las estribaciones meridionales de la Sierra de San Javier —ambas unidades montañosas separadas por la quebrada del río Lules—; hacia el este por la ruta nacional 38; al sur por la localidad La Reducción; y al norte por el arroyo Curcuncho, actual límite municipal. Los tres últimos linderos se han conside-

Figura 1. Localización Geográfica del área en estudio



rado en función de la presencia de un uso del suelo diversificado en cultivos y por la ausencia de los cultivos hortícolas. En conjunto, el espacio estudiado cubre una superficie aproximada de 6.000 hectáreas, representando un 82% de la superficie del distrito municipal.

De manera complementaria se analizará también el espacio agrario del valle del río Vipos, ubicado al sudoeste del noroeste departamental Trancas (Figura 1). El análisis espacial de este valle comprende una superficie aproximada de 1.500 hectáreas y se circunscribe al espacio agrícola localizado sobre las márgenes norte y sur del curso medio del río homónimo, siendo su límite oriental la ruta nacional N.º 9 y el occidente La Toma del río Vipos, bajo la administración del Ente Nacional de Obras Hídricas y Saneamiento (ENOHSa). Estos linderos también se han establecido en función del predominio espacial del uso del suelo agrícola, el cual está centrado, principalmente, en los cultivos de hortalizas y forrajes.

El grueso de la información necesaria para la realización de esta investigación, hasta este momento inédita, se ha obtenido a través de encuestas, que fueron puestas en práctica en dos años diferentes. La primera data de 1993, y el universo considerado para su desarrollo estuvo conformado por las familias radicadas en Lules que mantenían alguna relación con la producción hortícola, es decir que el universo lo constituía la comunidad de horticultores luleños, siendo la unidad de análisis la explotación hortícola. En este marco, se implementó la encuesta sobre los productores registrados en el padrón de socios de la Cooperativa Frutihortícola La Luleña. A través de ella se obtuvo información sobre los caracteres de la composición familiar de los hortelanos, los aspectos productivos y acceso a los recursos: técnicas productivas, formas de tenencia de la tierra, tamaño de las parcelas y mecanismos comerciales; de los 90 socios registrados en ese momento 56 (62%) se prestaron a ser encuestados.

A partir de la explotación de la información proporcionada por esta encuesta se pudo detectar la presencia de inmigrantes bolivianos que mantenían estrecha relación con las actividades hortícolas en la zona, tanto como productores como jornaleros. Esta nueva realidad llevó al desarrollo de una segunda encuesta, puesta en práctica en 1996, y orientada a conocer los mecanismos que guiaron el ingreso en Lules de inmigrantes bolivianos a fines del siglo XX y su participación en la actividad hortícola. Por ello, tan sólo fue considerada la población boliviana residente en el departamento (estimada en un total de 1.128 personas), centrándonos únicamente en los jefes de hogar que tenían relación con la actividad hortícola; 187 casos, alcanzando el total de la población que integra esos hogares 856 personas, lo que equivale a decir que la economía doméstica del 76% de los bolivianos en Lules depende directamente de la horticultura. Los ejes temáticos principales del cuestionario fueron en esta ocasión la inserción de los inmigrantes en la actividad hortícola de Lules, la producción y caracteres de la explotación, la tenencia de la tierra, el tipo de cultivo, las técnicas empleadas, el mecanismo comercial y la movilidad territorial en relación con las labores agrícolas. Además, y a partir de la información generada por ésta última encuesta, durante el periodo 1998/2000 se continuaron realizando entrevistas abiertas con hortelanos bolivianos, con el fin de mantener un seguimiento de los procesos sociales y económicos en los que están involucrados.

3. LOS FLUJOS DE INMIGRACIÓN BOLIVIANA HACIA LULES

Aproximadamente desde la década del setenta en el área hortícola luleña la escasa disponibilidad de mano de obra, especialmente durante la etapa de recolección, se comenzó a cubrir con el ingreso de inmigrantes temporarios bolivianos que los mismos hortelanos periódicamente reclutaban en las provincias de Salta y Jujuy, y que se incorporaron al sistema productivo a través de vínculos laborales informales. La inserción ocupacional estuvo ligada con las principales labores del «tutoraje» (colocación de palos de apoyo con el fin de sostener la planta durante su crecimiento) en las plantaciones de tomate y también con la etapa de recolección de este producto —iniciada a mediados de la primavera—. De esta manera, la demanda laboral se incrementaba durante la cosecha y, con ella, el ingreso de obreros bolivianos se hacía cada vez más numeroso en la zona. Un productor local indicaba a este respecto lo siguiente:

«Con los bolivianos comenzamos ya hace casi 30 años, yo estaba separado con mi hermano, no producíamos juntos. Los bolivianos han venido a trabajar y hacer las cosas mas holgadas, no traían experiencia, pero hacían las atadas de plantas. Nosotros los traíamos, éramos contratistas, es decir lo contratábamos. Lo traíamos de Salta, pero después ya venían solos. Han visto que era mercado para ellos y comenzaron a venir. Lo traíamos en la camioneta y luego venía su familia. Mi hermano y yo somos los que hemos traído más bolivianos que cualquier otro productor de Lules... Cuando vimos que eran capaces de trabajar, los contratábamos como mano de obra...se le pagaba por surco y, a veces, hacían desde plantación: ponían los palos, desbrotaban, ataban las plantas y, después se le daba la cosecha también de tomate» (R. Sapulla)

Posteriormente, los desajustes económicos de la década del ochenta contribuyeron a reducir la oferta de mano de obra local, desde el momento en que para los luleños estas labores agrícolas, desarrolladas en un marco de baja rentabilidad, resultaban escasamente atractivas. Es así como se generó un contexto propicio para que se incrementaran los flujos de inmigrantes bolivianos, pudiéndose hablar incluso de la «activación» de una nueva corriente migratoria internacional, procedente de Bolivia, cuyo ingreso hacia Lules, en términos cuantitativos, fue tomando mayor relevancia a medida que adquiría valor económico el cultivo de la fresa —frutilla—. Además, estos flujos migratorios también estuvieron fortalecidos por la cadena de llamada, donde cada desplazamiento estacional fue generando entre las áreas expulsoras y Lules una amplia red de relaciones sociales que contribuyeron a dinamizar e incrementar la llegada de estos inmigrantes. Tal y como indica uno de los productores que incorporó por primera vez mano de obra boliviana

«[...] El primer boliviano que llegó fue un tal Olivera, quien ya murió y, con él se comenzó a traer mas gente para trabajar y así se comenzó a extender... Cuando comienzan a venir trabajaban como tanteros...Por «tanto» se paga por raya o surco; hoy se paga por 50 metros \$5 [...]» (Rosario Z.).

En este contexto, las diversas categorías ocupacionales —descartadores, cosecheros, embaladores, tanteros, etc.— quedaban enmarcadas, desde el punto de vista laboral, por relaciones contractuales precarias¹, cuya flexibilidad permitía que una vez culminado el ciclo productivo en Lules los obreros iniciaran un desplazamiento en busca de otra inserción ocupacional en Argentina o retornaran hacia Bolivia. Las encuestas realizadas en 1996 pusieron de manifiesto que la movilidad dentro del país estaba en consonancia con el desarrollo de los diferentes ciclos productivos regionales: los encuestados indicaron que su trayectoria la efectuaban cumpliendo tareas similares y en áreas con producciones semejantes a las desarrolladas en Lules, siendo los principales destinos la provincia de Mendoza y las provincias del sur del país —Río Negro, Neuquén, etc.—. Y es indudable que la información y las expectativas aportadas por estos trabajadores acerca de las diferentes zonas en las que habían trabajado (a través los contactos con otros connacionales, ya fuera en otras zonas de Argentina, o en la propia Bolivia), contribuyeron al incremento de la inmigración hacia Lules.

La información contenida en el cuadro 1 deja traslucir la movilidad antes indicada; en él puede apreciarse, por un lado, cómo el 58% de los 187 entrevistados manifestó haber estado en otro lugar de Argentina antes de llegar a Lules; pero también, por otro lado, aparece claro el incremento en las llegadas directas desde Bolivia a partir de la década de los ochenta, en consonancia con los cambios en el uso del suelo que

Cuadro 1. *Inmigración boliviana: Períodos y formas de ingreso del jefe de familia en Lules (1996)*

<i>Períodos</i>	<i>Ingreso Directo (%)</i>	<i>Ingreso Indirecto</i>	<i>Total (%)</i>
		<i>con estadía previa en otro lugar de Argentina (%)</i>	
Antes de 1960	—	7	7
1970-1980	4	14	18
1981-1990	14	21	35
1991-1996	22	6	28
Ingreso indirecto sin especificar período	—	10	10
Sin datos	—	—	2
Total	40	58	100 (187)

Fuente: Encuesta propia, 1996. Elaboración propia.

1. El trabajo no registrado, comúnmente llamado «en negro», está prácticamente generalizado en esta actividad. Si bien la sindicalización está representada por la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores —UATRE, de cobertura nacional—, ésta en la provincia de Tucumán no ejerce formalmente un control constante sobre las contrataciones de los trabajadores hortícolas, pues centra su atención sobre aquellas actividades con las cuales ha mantenido convenios colectivos de trabajo, por ejemplo en la citricultura. Por lo tanto esta situación, junto a los escasos controles migratorios, ha contribuido para que en la zona se generalice un mercado laboral temporario y de bajos ingresos.

se irían registrando en la estructura productiva de Lules, centrados fundamentalmente en la extensión del cultivo de la fresa.

En este sentido, es necesario indicar que el desarrollo de la producción de esta hortaliza durante la década del noventa generó un mercado laboral más amplio y dinámico que la anterior basada en el tomate, pues las labores requeridas para este cultivo son más diversas, y, por consiguiente, dan mayor flexibilidad a las ocupaciones. Además, el hecho de que la fresa precise de cuidados durante los meses de otoño e invierno favorecía la presencia por periodos más largos de los obreros —y sus familias— en la zona, puesto que podían mantenerse ocupados primero con la fresa, en el otoño y el invierno, y luego con el tomate, durante la primavera y parte del verano. Por otro lado, la adaptación de la mayoría de inmigrantes al conjunto de las labores agrícolas fue sencilla, dado que provenían de áreas rurales y con una firme trayectoria laboral agrícola. De los casos analizados el 59% de los jefes de familia declararon haber desarrollado labores agrícolas en sus lugares de origen cultivando cebada, maíz y/o papa, y fueron pocos los casos en los que éstos indicaron haber desarrollado tareas en el sector secundario o terciario: comercio, minería y construcción, industrias, etc.

4. INSERCIÓN BOLIVIANA EN EL CONTEXTO PRODUCTIVO LULEÑO

Diversos estudios referidos a la inserción de los inmigrantes bolivianos en distintos cinturones hortícolas del país —Santa Fe, Córdoba, Mar del Plata, Bahía Blanca— se orientan al análisis de la participación de esta población bajo la figura del mediero o medianero en la producción (cfr. BENENCIA y KARASIK, 1994; PALACIOS, 1998) y Lules no ha quedado al margen del proceso de expansión de las formas de explotación en mediería² realizada entre productores locales e inmigrantes bolivianos.

La difusión de la producción en mediería debe enmarcarse en las condiciones tan inciertas por las que los productores hortícolas luleños transitaban durante la década del ochenta —costos de producción elevados, comercialización a través de intermediarios, con lo que las ganancias eran considerablemente menores, bajos precios—, lo que llevó a desplegar estrategias productivas que permitieran reducir los costos; en este contexto el mecanismo más directo fue el de entablar contratos informales de mediería o aparcería con aquellos inmigrantes temporarios que habían mantenido cierta periodicidad (dos o más ciclos productivos) en su residencia en Lules. Las asociaciones en mediería con los inmigrantes bolivianos aparecieron en primer lugar ligadas a la producción de tomate, y posteriormente también a la producción de fresa, en una relación a través de la cual las partes involucradas buscan principalmente compartir los

2. La mediería consiste en una relación contractual donde las partes que intervienen en ella realizan diferentes aportes de tierra, capital y trabajo con el fin de llevar a cabo una determinada producción, y cuyo resultado es distribuido entre las partes según el tipo de acuerdo establecido. En la actualidad, las formas contractuales de mediería pueden desplazarse desde una relación de trabajo cuya remuneración es a porcentaje, hasta relaciones de tenencia de la tierra exclusivamente. Para una visión de la evolución de interpretación de la mediería en Argentina, puede consultarse a BENENCIA Y QUARANTA.

riesgos productivos. Considerando los datos de la encuesta de 1996, se advierte que sobre un total de 106 explotaciones analizadas el 37% se encontraban bajo la forma de explotación en mediería.

Pese a que la mediería frutihortícola como contrato agrario aparece contemplada en la Ley 13.246 de Arrendamientos y Aparcerías Rurales, no cuenta con una regulación específica, por lo que en la práctica termina equiparándose a una relación laboral encubierta. Tan sólo en febrero de 2001 se dejó establecida, a través de 5 artículos anexados a la Ley anterior, la normativa que debe regir cuando se celebre un Contrato de Mediería. No obstante, la situación en Lules se aleja mucho de los marcos legales establecidos, existe escaso control sobre la formalización de estos contratos por parte de la Subsecretaría de Trabajo de la Provincia. Consecuentemente, en la práctica, tal y como se pudo constatar, esta asociación cristaliza en un convenio entre el propietario de la tierra y el mediero, establecido en forma verbal o mediante un escrito sin legalizar, generándose así una forma interna de división del capital y del trabajo. El propietario asume las funciones de control y administración del proceso productivo aportando tierra, maquinaria, insumos y participando en la comercialización; mientras que el mediero tiene a su cargo las tareas más laboriosas de la actividad, pues se ocupa de las labores culturales —abonar, sembrar, regar, etc.—, contribuir con la mano de obra y entregar el producto listo para su comercialización.

Los requerimientos de mano de obra que debe aportar el socio mediero boliviano se satisfacen con el trabajo familiar y, en caso de una mayor demanda, con la incorporación de otros connacionales, siempre dentro de un marco de relaciones laborales informales. Como ya se indicó, la venta de la producción está a cargo del propietario de la tierra y la distribución final de los ingresos varía de acuerdo con lo pactado previamente entre los socios, recibiendo por lo general el mediero entre un 30% y un 40% de las ganancias obtenidas. A la vista de todo ello, podía indicarse que el mediero, considerado productor en el Derecho Agrario, en la práctica se transforma en un trabajador rural.

Desde las partes involucradas en una mediería existen ideas divergentes con respecto al funcionamiento de esta sociedad. Por un lado, el propietario de la tierra considera que formalizar una asociación en mediería implica mayor costo, y ninguna de las partes puede afrontar los gastos de los trámites; en este sentido, en líneas generales los productores —tanto propietario como mediero— dicen desconocer la naturaleza jurídica del contrato en Mediería. Asimismo, desde la perspectiva del propietario de la tierra se evidencia que la expansión de la mediería es producto de las constantes fluctuaciones e inestabilidades productivas y, sobre todo, el productor percibe que ésta trae más ventajas a su socio que a él. Al respecto, el diálogo con un productor refleja lo siguiente:

Para trabajar con los medieros, todas las herramientas son suyas o pone también su mediero?

Don Saro: *todas las herramientas y vehículos son míos, hasta el rastrillo.*

¿Y ellos qué ponen?

Don Saro: *La mano de obra, ¡pero no toda!, es a media. Ahora por ejemplo estoy pagando la mitad del gasto de los embaladores y descartadores. Pero esto no es así, porque no*

tiene ley el mediero, desgraciadamente no hay; parece mentira que vos buscas la ley del mediero para ver como es, cuánto hay que darle, etc. y ¡ no hay!!

¿El trato lo hacen entre ustedes?

Don Saro: *¡Si!. Pero debería haber una ley!. Ellos se desligan de toda responsabilidad. Agrega su esposa: ¡claro!: roturas y todo paga el patrón ya no es que se matan trabajando porque si ven que les hace falta un obrero, ellos (el mediero) lo ponen y, hay que ayudarlo a pagar la mitad, en cambio antes era que vos ponía la tierra y todos los elementos para cultivar y ellos se encargaban de la mano de obra.* (Entrevista realizada en 2000).

Pese a ello, es claro que la mediería presenta ciertas ventajas para ambas partes. Los resultados del trabajo de campo han demostrado que la expansión de la producción en mediería ha permitido a las familias bolivianas establecer su residencia permanente en la zona, porque para participar en todo el ciclo productivo debían permanecer mayor tiempo en Lules. Además, con frecuencia la confianza depositada en ellos por el socio propietario de la tierra permitía que éstos accedieran, dentro del mismo predio agrícola, al uso de un 1/4 de hectárea o menos para producir hortalizas. Esta producción adicional se destina al consumo familiar o para una eventual venta callejera.

Y si bien es cierto que con este tipo de asociación el productor propietario queda exento de todo convenio legal propio de una relación de dependencia —aportes patronales, seguro de trabajo, etc.—, también lo es el que los medieros bolivianos adquieren mayor experiencia en las prácticas productivas, e indirectamente logran conocimientos respecto a los mecanismos de comercialización. De esta manera, aquellos inmigrantes, particularmente los jefes de familia que han sido medieros durante unos cinco años, logran tomar tierras en arriendo y de esta manera asumen toda la gestión de la explotación hortícola. Esta situación está generalizada en aquellas familias que tienen residencia estable y tienen en propiedad el terreno donde residen.

Los resultados del trabajo de campo correspondientes a la encuesta realizada en 1996 —en cuyo relevamiento, recordemos, se consideró sólo a la población boliviana— permiten afirmar que a mediados de la década del noventa la participación de los inmigrantes bolivianos en la estructura productiva de Lules no se agota en relaciones laborales informales entre productores nativos e inmigrantes bolivianos. Efectivamente, sobre los 187 jefes de hogar que se dedicaban a la horticultura, el 84% indicó tener morada permanente en la zona, al tiempo que el 56% de los jefes de hogar se desempeñaban como agricultores —106 casos— y el resto (44%) correspondía al grupo de inmigrantes temporarios ocupados como jornaleros, embaladores, descartadores o tanteros. Es preciso indicar que el contingente correspondiente a este último grupo es anualmente muy variable, y generalmente se encuentran indocumentados (ORTIZ, 2000).

5. ESTRUCTURA PRODUCTIVA DE LAS EXPLOTACIONES HORTÍCOLAS BOLIVIANAS

El conjunto de horticultores analizados mantenía en explotación un total de 132 hectáreas, con un tamaño medio del predio de 1,25 hectáreas, con más de la mitad de las parcelas por debajo de esta extensión (cuadro 2). Además, debe señalarse que la

Cuadro 2. *Productores bolivianos. Explotaciones agrícolas según extensión en 1996*³

<i>Extensión</i>	<i>Superficie (has.)</i>	<i>Número de Explotaciones</i>
Menos de 0,50 ha	13,25	30
0,51 a 1,50 ha	44,75	40
1,51 a 3 ha	42,50	18
más de 3,1 ha	32,00	5
Sin registros	-	13
Total	132,50	106

Fuente: Encuesta propia, 1996. Elaboración propia.

presencia del minifundismo es importante en este conjunto de productores, puesto que dos terceras partes de las explotaciones tienen una superficie inferior a 1,5 has.

Con respecto a las formas de tenencia de la tierra se advierte un predominio de la explotación indirecta, siendo el régimen en arrendamiento el dominante, 47,2% de las explotaciones (cuadro 3). El contrato de arriendo lo efectuaban con los horticultores tradicionales de la zona quienes, ante las perspectivas tan inestables de la actividad hortícola, cedían su tierra en alquiler hasta tanto se presentaran campañas más prósperas; en otros casos los socios propietarios correspondían a productores luleños que habían decidido alejarse definitivamente de la actividad agrícola, pero sin desvincularse de la propiedad parcelaria, por razones de la seguridad económica que brinda la propiedad de la tierra.

En torno al arrendamiento se evidenciaron variadas y complejas formas de tenencia, como por ejemplo el alquiler de la tierra en sociedad acompañada de una explotación en mediería entre connacionales (12,3% de los casos). Esta combinación arriendo-mediería se realiza con el fin de bajar los costos productivos y al mismo tiempo lograr paulatinamente un cierto nivel de capitalización sin generar grandes riesgos económicos para el arrendatario. En este sentido, es común encontrar estas asociaciones entre dos o más familias bolivianas, donde la fuerza de trabajo proviene de la propia familia, aunque en algunos casos, cuando las necesidades aumentan (principalmente durante la etapa de recolección) se contrata a otros connacionales recién llegados a la zona —obreros golondrinas—.

La relación entre las formas de tenencia y el tamaño de las explotaciones permite comprobar que las formas de explotación indirecta están generalizadas en las unidades de menor tamaño (cuadro 3). En el caso del arrendamiento, éste aparece en unidades que oscilan entre 0,51 y 3 has., mientras que la mediería lo hace en explotaciones con tamaño inferior a 1,51 has.

3. En los resultados de esta encuesta se pudo advertir un significativo número de casos en donde las diversas variables referidas a la estructura productiva aparecen sin registros, situación que se entiende por la condición de ilegalidad por la que varias familias se encontraban en aquel momento al ingresar al país.

Cuadro 3. *Productores bolivianos: formas de tenencia de la tierra según tamaño de las explotaciones, 1996*

<i>Formas de tenencia</i>	<i>Estrato de extensión de las explotaciones</i>					<i>Total</i>
	<i>Menos de 0,5 ha</i>	<i>0,51 a 1,5 ha</i>	<i>1,51 a 3,0 ha</i>	<i>Más de 3,0 ha</i>	<i>S/D</i>	
Arrendamiento	8	20	13	3	6	50 (47,2%)
Arrendamiento en sociedad con mediería	6	5	1	–	1	13 (12,3%)
Propiedad y arrendamiento	–	–	1	2	–	3 (2,8%)
Mediería o aparcería	15	15	3	–	6	39 (36,8%)
Otras formas	1	–	–	–	–	1 (0,9%)
Total	30 (28,3%)	40 (37,7%)	18 (17%)	5 (4,7%)	13 (12,3%)	106 (100%)

Fuente: Encuesta propia, 1996. Elaboración propia.

La forma en propiedad es poco frecuente y los 3 registros obtenidos corresponden a aquellas familias que llevaban residiendo más de 10 años en la zona. En este sentido, es preciso indicar que los mecanismos formales de acceso a la tierra están muy poco representados; su lugar lo ocupan contratos verbales a través de los cuales se acuerda no pagar siempre por el uso del recurso con dinero, entregándose en su lugar parte de la producción obtenida: sólo ante la existencia de un contrato de arrendamiento el alquiler se abonaba con dinero en efectivo.

La producción de las explotaciones manejadas por bolivianos está orientada a la producción de tomate y fresa principalmente; al respecto se ha evidenciado que en el año 1996 el 63% de las explotaciones estaban destinadas sólo al cultivo de tomate, un 20% combinaba tomate y fresa y tan sólo en el caso de mediería o arriendo en sociedad la producción se presentaba muy diversificada con hortalizas de hojas —17%—. Generalmente la organización y funcionamiento de estas unidades productivas está a cargo del grupo familiar, pero el jefe —generalmente el esposo— es quien asume la responsabilidad de la explotación ante el propietario de la tierra y los mecanismos comerciales.

La fuerza de trabajo en estas unidades productivas queda plenamente concentrada en la mano de obra familiar. Según los registros obtenidos el 82% de las explotaciones utilizaba mano de obra familiar, principalmente en las explotaciones con menos de 1.5 has.; es altamente significativa la participación de las mujeres, principalmente la esposa, en todas las etapas de la producción, desde la preparación del terreno hasta la cosecha. Esta participación implicaba, en casos de tener niños menores, trasladar comida e hijos hacia el predio hasta tanto duraran las labores. El resto de los casos combinaba la fuerza de trabajo familiar con mano de obra extrapredial, recurriendo para esto a la contratación de connacionales o algunos parientes o amigos recién llegados a la zona —cuadro 4—.

Cuadro 4. *Horticultores bolivianos: tipo de mano de obra según tamaño de las explotaciones, 1996*

Tipo de mano de obra	Tamaño de las explotaciones (hectáreas)					Total
	> 0,5	0,51/1,5	1,51/3,0	< 3,0	S/D	
Familiar	28	32	12	3	12	87 (82%)
Familiar y temporal no familiar	1	1	2	1	1	6 (5,6%)
Temporal no familiar	1	7	4	1	–	13 (12,3%)
Total	30 (28,3%)	40 (37,7%)	18 (17%)	5 (4,7%)	13 (12,3%)	106 (100%)

Fuente: Encuesta propia, 1996. Elaboración propia.

En cuanto a las técnicas productivas empleadas se pudo advertir escasa inversión, especialmente en aquellas orientadas al cultivo de tomate u hortalizas de hojas; en cambio las parcelas con cultivos de fresa mantienen un mínimo de capital circulante, evidenciado a través del uso de plástico, la compra de plantines de frutilla, agroquímicos, etc., como respuesta necesaria a las propias exigencias del cultivo. Esta escasa inversión, al igual que el amplio uso de mano de obra familiar anteriormente señalado, se debe en gran medida a los intentos por reducir los costes de producción; a modo de ejemplo, se ha observado que mientras un productor local emplea de manera casi generalizada el riego localizado —goteo—, los productores bolivianos siguen empleando la técnica del riego en manto, técnica que, si bien no exige grandes inversiones, implica un aprovechamiento poco racional de este recurso; de cualquier forma, los entrevistados indicaron que no realizan el pago del canon de riego.

El manejo de los insumos y las prácticas productivas son realizados en función de los conocimientos adquiridos por su participación como mediero o jornalero con los productores tradicionales y, ante la duda de algún manejo, recurren a connacionales con más antigüedad en estas prácticas productivas; en consecuencia, sólo el 17% de los agricultores manifestó recibir asesoramiento de técnicos o ingenieros para desarrollar las tareas agrícolas. Incluso cuando se trata del manejo de productos químicos complejos sólo basta para ellos la consulta al comerciante proveedor o realizar una ligera lectura de las indicaciones adjuntas al producto adquirido.

En cuanto al destino de la producción, el 65% de los productores manifestó realizar sus ventas en Mercado de Abasto de Tucumán, mientras que un 31% distribuyen su mercancía entre éste y el Mercado Central de Buenos Aires y/o Mendoza o Córdoba. La venta suele ser directa en la mayor parte de los casos, particularmente cuando se dirige al mercado local, aunque en un número significativo de casos (28%) recurrían a intermediarios y consignatarios, que reciben una comisión de entre el 10% y el 12% de la venta efectuada. Cuando la venta es directa el traslado del producto tiende a realizarse pagando fletes (sólo un 26% utiliza transporte propio), mientras que en los casos de venta indirecta el transporte queda a cargo del intermediario. Un último mercado de comercialización lo constituye la venta de las verduras en la calle y la comercialización

en la feria local; en cualquiera de estos casos esta tarea queda a cargo de las mujeres, generalmente la esposa, con quien colabora de manera eventual algún hijo o hija.

6. MOVILIDAD TERRITORIAL Y PRODUCCIÓN HORTÍCOLA

Hemos apuntado anteriormente que durante la década de los ochenta y el comienzo de los noventa del siglo pasado las campañas agrícolas fueron difíciles para los agricultores luleños, debido a los elevados costes de producción, las necesidades de incorporación de nuevos paquetes tecnológicos, y, especialmente, por los bajos precios que obtenían por sus productos: en este sentido es importante señalar que el precio del tomate en los diferentes Mercados de Concentración del país ha descendido debido, en gran parte, a la entrada de producciones de países limítrofes (Paraguay, Brasil, Chile) a precios considerablemente más bajos que los nacionales y que además saturaban el mercado. Como respuesta, entre otras, a esta situación, se comenzó a buscar otras áreas ecológicamente adecuadas para una producción hortícola cuya cosecha no encontrase tanta competencia, particularmente centrados en el tomate que se produce en Lules durante la primavera y comienzos de verano. Es así como desde fines de los ochenta una decena de productores luleños ingresan al departamento Trancas⁴, al norte de la provincia, con el propósito de continuar durante el periodo estival con las mismas prácticas productivas de Lules; el desplazamiento era diario, transportando herramientas e insumos desde Lules. La delicada situación por la que atravesaba la actividad agraria en Trancas facilitó este desembarco: Trancas ha mantenido una larga tradición ganadera basada en la presencia de grandes explotaciones, fuertemente ligada a la producción de forrajeras y granos desde el último cuarto del XIX (cfr. BATISTA y NATERA, 2005). Sin embargo, desde los setenta los productores locales han venido sufriendo la fuerte competencia de empresas lácteas de la región pampeana, al tiempo que no todos han podido hacer frente a los gastos que la modernización de las explotaciones lecheras demandaba; todo ello ha llevado a que en la actualidad tan sólo sobreviva la mitad de las explotaciones lecheras existentes treinta años antes. Este contexto, como acabamos de indicar, facilitó la inserción de los productores luleños en el área, que se radicaron principalmente en el Valle del río Vipos⁵.

Una vez más, era el tomate la principal hortaliza producida, cuyo ciclo se extiende en el valle desde enero hasta mayo; también trataron de introducir otras hortalizas

4. El centro de este departamento conforma desde el punto de vista geomorfológico una cuenca semiárida con una altura de 786 metros sobre el nivel del mar, mientras que el cinturón hortícola de Lules se ha conformado sobre un ambiente natural húmedo y se encuentra a 415 metros (Mediciones del Prof. Enrique J. Würschmidt, 1997). Por lo tanto, condicionados por las características ambientales del área, estos migrantes tienden a localizarse en las cercanías de los cursos fluviales.

5. Este es el primer valle con el que cualquier viajero se encontraría al ingresar a la cuenca Tapia-Trancas desde el sur; por lo tanto para aquellos productores que decidían desplazarse constituía el lugar más cercano y directo, localizándose a tan sólo unos 50 minutos de viaje desde Lules, hecho al que se unía la existencia de una importante oferta de tierra y unas condiciones agrológicas propicias para el cultivo de hortalizas y legumbres.

(berenjenas, judías verdes, guisantes...), e incluso más adelante fresa, sin buenos rendimientos por las condiciones ecológicas del valle. Las cosechas de tomate obtenidas en el Vipos (en unas 200 hectáreas en 1993) ingresaban a los mercados sin tener competencia internacional, puesto que tan sólo tenían que competir con el producto proveniente de Mendoza, Buenos Aires y/o Río Negro. Si bien esta estrategia parecía generar un complemento económico y ecológico importante para los productores nativos tradicionales de Lules, fue abandonada relativamente pronto, en dos o tres años. El porqué debe buscarse en el hecho de que percibían que estaban dispersando esfuerzos, y que sería más viable centrarse en la producción en Lules buscando alternativas productivas más rentables, como la producción bajo cubierta o la fresa.

Los productores y jornaleros bolivianos no han permanecido ajenos a esta movilidad, y, a diferencia de lo ocurrido con los luleños, han continuado con sus explotaciones en Trancas a lo largo de la década de los noventa. Sin embargo, si bien Vipos continúa siendo el principal lugar de asiento de sus explotaciones, existe cierta diversificación espacial de las mismas, con presencia en Benjamín Paz, Las Higuieritas, Tapia, etc. El traslado de productores y jornaleros hacia Vipos se realiza a medida que va culminando el ciclo productivo hortícola de Lules, a fines del mes de noviembre. La modalidad de participación en ella varía en función del tipo de residencia que mantienen los inmigrantes en Lules: por un lado, aquellos productores que mantienen una residencia permanente en dicha ciudad y disponen de transporte propio se trasladan diariamente o varias veces durante la semana; en cambio, aquellos que aún no cuentan con residencia estable emigran con toda la familia temporalmente hacia el valle y se instalan en las cercanías de las acequias de riego, donde construyen viviendas muy precarias, por lo general construidas con cartón o madera⁶. Así, esta población mantiene residencia transitoria en el Valle del Vipos durante todo el verano.

En el Valle estos inmigrantes repiten los mecanismos laborales y las formas de explotación efectuadas en Lules. El acceso a la tierra lo hacen a través de contratos de arrendamiento con ex-productores lecheros de la zona; frecuentemente este alquiler lo realizan en sociedad con otros connacionales, medio por el que logran reducir los gastos de mano de obra y tierra, compartiendo, además, las herramientas e insumos. Y también la medianería presenta cierta incidencia, la cuarta parte de los entrevistados en 1996 indicó haber producido en medianería en Trancas.

Las parcelas se encuentran localizadas sobre las terrazas del río Vipos, donde las condiciones agrológicas para la producción de hortalizas son más apropiadas, y su distribución está condicionada por los accidentes del terreno; en consecuencia, su forma es irregular, con frecuencia cercadas por vegetación natural, y presentan escasas dimensiones (al igual que en Lules son mayoría las menores a 1,5 has., y tan sólo 2 tienen más de 3 has.). En ellas el uso del suelo manifiesta un significativo dominio

6. No obstante, es preciso indicar que en Vipos existe cierta infraestructura sanitaria y educativa. Así, hay un centro de atención primaria de salud de la provincia, donde la población recibe atención médica semanal, una escuela pública donde es notable la participación de niños bolivianos o de ascendencia boliviana, un destacamento policial, etc.

de la producción de tomate y hortalizas de hojas; en líneas generales las familias que trabajan en mediería son las que presentan una producción más diversificada, donde la combinación más frecuente es la del tomate con judía verde, acelga y berenjena. En estos casos el tomate es el que cubre mayor superficie y los otros cultivos se destinan al autoconsumo o a la venta callejera en Lules. Se emplean las mismas técnicas usadas en Lules, incluyendo el riego en manto, y durante la fase de preparación de almácigo y trasplante de tomate se genera una intensiva participación de la mano de obra familiar, y es común la intervención de los hijos menores. En cambio para la etapa de recolección, que continúa siendo totalmente manual, se necesita la contratación de jornaleros y embaladores, necesidad de fuerza de trabajo que queda cubierta con los inmigrantes temporarios o con los que pone el socio medianero.

Las tareas de gestión y control de todo el proceso productivo están a cargo del jefe de familia junto a un hijo mayor y en el conjunto de tareas resulta relevante el manejo de la fase comercial. Según las entrevistas realizadas, prácticamente toda la producción obtenida en este valle se comercializa mayoritariamente en el Mercado de Abasto provincial, donde, como ya se indicó, al ingresar en otoño el tomate aquí producido no tiene importante competencia. Sin embargo, no todos los productores bolivianos cuentan con medio de transporte propio para llevar las verduras a este mercado, de forma que los gastos del flete repercuten en un incremento de los costos productivos. Cuando los envíos se realizan hacia mercados más distantes nuevamente aparece la figura del intermediario, que a diferencia de lo que ocurre con los hortelanos nativos de Lules, no ofrece créditos ni adelantos de dinero para la producción, a lo sumo contribuye con la entrega de envases para el embalaje —cajones de madera— y/o tiene a cargo toda la tarea relacionada con el transporte de los productos.

7. LA COMPLEMENTARIEDAD PRODUCTIVA COMO REFLEJO DE FACTORES CULTURALES ANDINOS

El comportamiento migratorio de la población boliviana que acabamos de analizar señala dos situaciones: por un lado, muestra el despliegue de estrategias económicas y ecológicas y por otro, está expresando pautas culturales propias de las sociedades andinas que en su evolución histórica han mostrado que son capaces de mantener cierto control sobre el espacio natural, en ciertos casos mitigando las limitaciones que éste presentara (cfr. GLAVE, 1994; BLANES, 1982 y MARTINEZ, 1990).

Pensar en los modos de vida de las comunidades andinas implica de alguna manera pensar en los desafíos que impone la variada geografía en la que se insertan, donde las condiciones ecológicas, en ocasiones extremas, han generado modos de vida particulares. En efecto, según GLAVE (1994) las condiciones ambientales determinadas por elevadas altitudes, por los notables accidentes geográficos, por el frío y por la dependencia de las precipitaciones «[...] han hecho de la sociedad andina una construcción colectiva indesligable de su relación con el espacio»; un ejemplo concreto lo representa la comunidad aymara, que ha mantenido una concepción dual del espacio generando un uso del suelo discontinuo ligado a prácticas productivas desarrolladas

en los espacios bajos o yungas, complementadas con otras en áreas de mayor altitud, denotando un control vertical de los recursos. De esta manera, la complementariedad y funcionalidad de diferentes espacios generó multiciclos agrícolas adaptados a los desafíos de la ecología del lugar (GLAVE, 1994).

Asimismo, otro análisis antropológico realizado en Atacama —altiplano meridional— describe el desarrollo de estrategias complementarias por parte de diferentes grupos étnicos para acceder a los recursos. En este caso la población arribaba a lugares con los cuales mantenían alguna forma de relación y poseían características comunes. En tal sentido, las relaciones de parentesco y las alianzas matrimoniales y compadrazgos tienen gran significación para el funcionamiento de la movilidad, convirtiendo también a todo el proceso en una complementariedad social (MARTÍNEZ, 1990).

Al respecto, la literatura referida a la inserción de la población boliviana en Argentina indica que esta comunidad, comparada con la de otras nacionalidades, es la que más ha modificado su distribución espacial, característica que:

«[...] aparece definida como una peculiaridad de las culturas andinas, fruto de adaptaciones a ecologías límite y en consecuencia es parte de la herencia cultural de ese pueblo» (DE MARCO, *et al.*, 1994).

El caso presentado con la movilidad de inmigrantes bolivianos entre Lules y Vipos, si bien no representa un control vertical de los recursos porque entre ambas comarcas se tiene tan sólo un gradiente altitudinal de 350 m.s.n.m., refleja claramente un control horizontal de los mismos integrando prácticas productivas puestas en práctica en dos áreas ecológicamente diferenciadas. De este modo cada miembro de la comunidad boliviana que se moviliza generando una complementariedad económico-ambiental está reproduciendo un modelo económico muy particular de las sociedades andinas (LORANDI, 1997). Al respecto se puede indicar que estos procesos de complementariedad mantienen estrecha relación también con la reproducción de la fuerza de trabajo, pues como indica BLANES (1982) la complementariedad económica observada en las economías andinas

«[...] son expresiones históricas de luchas sociales, económicas y culturales en defensa de las posibilidades de reproducción de las unidades domésticas. Al mismo tiempo expresan formas y mecanismos diferentes de reproducción, adaptados no solo a los marcos culturales vigentes, sino también al entorno ecológico que los contiene [...]».

Por lo tanto, el desplazamiento estacional y diario de cada miembro de la comunidad boliviana de Lules hacia Vipos constituye el reflejo de una articulación productiva y social que paralelamente va configurando unidades domésticas de producción diversificada.

Aquí también alcanzan relevancia las relaciones de parentesco, en virtud de las cuales compadres y hermanos colaboran, y se articulan a través del préstamo de herramientas o trasladando insumos para aquellos connacionales que no cuentan con medio de movilidad propia. Así se genera una estructura social dinámica y con fuertes lazos

comunitarios donde en cada desplazamiento hacen uso de ese capital cultural que les permite mantener un manejo combinado y racional de las diversidades ambientales, de donde ellos se proveen de los recursos necesarios para su reproducción y con una alta cobertura temporal.

El traslado de esa cultura de la complementariedad por parte de la comunidad boliviana ha sido capaz de generar una estructura social con alta capacidad de reacción ante las presiones y fuerzas del mercado, así como también de adaptación a diferentes ecologías y sociedades. Además, esta dinámica productiva y social en conjunto contribuye a que cada unidad doméstica vaya posicionándose estructuralmente en el espacio agrario luleño, al tiempo que convierte a la cuenca de Trancas en otro centro de atracción para los flujos migratorios más recientes procedentes de Bolivia.

8. CONCLUSIONES

El flujo de inmigrantes bolivianos hacia Lules se enmarcó en un primer momento en el proceso de migración circular que llevaba a braceros bolivianos a trabajar en las actividades agrarias a lo largo de la República Argentina, trabajando en las labores culturales del tomate en nuestro departamento. No obstante, y en el marco del deterioro de las condiciones de rentabilidad que la horticultura luleña atravesó en la década de los ochenta del siglo pasado, se fue registrando el acceso de estos migrantes golondrina a la tierra, primero en mediería, para pasar después al arrendamiento y aún en algunos casos a la propiedad de la tierra. Y no sólo eso, una fracción de trabajadores bolivianos ha pasado a convertirse de migrantes temporales en residentes permanentes en Lules, con la horticultura aún como medio de sustento principal. Sus explotaciones son de muy pequeña extensión, escasamente capitalizadas y con un empleo intensivo de la mano de obra familiar, como estrategias para reducir en lo posible los costes de producción, pero resulta evidente el salto cualitativo que ha supuesto la conversión de estos antiguos braceros en productores agrarios independientes.

Por otro lado, desde comienzos de los noventa se viene registrando una serie de desplazamientos estacionales entre Lules y Vipos, lugar donde reproducen las estrategias productivas desplegadas en Lules, aunque en ésta última localización el acceso a la tierra aún se realiza a través de medierías. La actividad hortícola realizada en el valle del Vipos permite a los productores bolivianos permanecer ligados a esta producción prácticamente durante todo el año, incrementándose en el caso de campañas favorables los incentivos para que la población golondrina boliviana pueda radicarse de forma permanente en la provincia. En este sentido, es importante señalar que en este proceso de expansión espacial de los productores bolivianos hacia un área ecológicamente diferenciada con respecto a Lules —un hecho, por otra parte, común en las sociedades andinas—, las redes sociales entre parientes y paisanos adquieren gran relevancia, repitiendo la situación correspondiente a los primeros bolivianos asentados en Lules.

9. BIBLIOGRAFÍA

- BENENCIA, R. (1994): «La horticultura Bonaerense: lógicas productivas y cambios en el mercado de trabajo». En *Desarrollo Económico*, Vol. 34 N.º 133. IDES, Buenos Aires.
- BENENCIA, R. (Coordinador) (1997): *Area Hortícola Bonaerense. Cambios en la producción y su incidencia en los sectores sociales*. Editorial La Colmena, Buenos Aires.
- BENENCIA, R. y KARASIK, G. (1994): «Bolivianos en Buenos Aires: aspectos de su integración laboral y cultural» En *Estudios Migratorios Latinoamericanos* CEMLA N.º 27. Buenos Aires.
- BENENCIA, R. y QUARANTA, G. (2003): «Reestructuración y contratos de mediería en la región pampeana argentina» En *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*. N.º 74. CEDLA. Amsterdam.
- BLANES, J. J. (1982): «Un intento teórico metodológico para el estudio de las migraciones internas, el caso boliviano». En Lattes, Alfredo (compilador), *Migración y Desarrollo*, N.º 6. Serie Población. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Buenos Aires.
- DE MARCO, G. (1994): «Extranjeros en la Argentina de los ochenta». En DE MARCO, G. M.; REY BALMACEDA, R. y SASSONE, S. (Compiladores), *Extranjeros en la Argentina. Pasado, presente y futuro*. Geodemos, N.º 2. Editado por el Programa de Investigaciones Geodemográficas (PRIGEO), CONICET. Buenos Aires.
- DE MARCO, G. *et al.* (1994) «Extranjeros en la Argentina. Pasado, presente y futuro» En *Geodemos* N.º 2. Editado por el Programa de Investigaciones Geodemográficas-CONICET. Buenos Aires
- GLAVE, LUIS M. (1994): «La comunidad campesina y el manejo del espacio. Una perspectiva histórica de los Andes». *Revista Andes. Antropología e Historia*. Edición especial N.º 6. CEPIHA, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta.
- LORANDI, A. M. (1997): «El contacto hispano indígena y sus consecuencias ambientales». Reboratti, Carlos (compilador), *De hombres y tierras una historia ambiental del Noroeste Argentino*. Proyecto Desarrollo Agroforestal en Comunidades Rurales del NOA-GTZ. Salta.
- MARTINEZ, J. L. (1990): «Interetnicidad y complementariedad en el altiplano meridional. El caso atacameño». *Revista Andes. Antropolía e Historia*. Edición especial N.º 1, CEPIHA, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta.
- NATERA RIVAS, J. J., y BATISTA, A. E. (2005): La evolución del sector agrícola en Tucumán (Argentina) desde finales del XIX: una aproximación a través de la dinámica de los grupos de cultivos. *Geo Crítica / Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 15 de septiembre de 2005, vol. IX, núm. 197. <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-197.htm>> [ISSN: 1138-9788]
- ORTIZ DE D'ARTERIO, P. (2000): *Modalidades de la reciente migración de extranjeros limítrofes hacia Tucumán (Argentina)*. Publicación Especial N.º 1, Departamento de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, U.N.T.
- PALACIOS, E. P. (1998): «Relaciones contractuales en el cinturón hortícola del partido de la Plata». *Contribuciones Científicas GAEA* Congreso Nacional de Geografía 59 Semana de Geografía. Buenos Aires
- VILAR, R. (1989): «Reforma Agraria, tenencia de la tierra y reproducción de la unidad productiva campesina en Bolivia». En *Desarrollo Rural 1*. IPDERNOA-UNT. Tucumán.